

origen y sobre todo ese indómito carácter que en los tiempos difíciles irrita las pasiones y provoca los odios implacables. Guillermo de Tiro dice que había empleado el tiempo de su cautiverio en instruirse y lo había logrado; pero en los negocios la vivacidad de su espíritu le ayudaba mejor que su saber. Las grandes desgracias que había experimentado no le habían enseñado á conocer la inestabilidad de las grandezas humanas. Más impaciente de reinar sobre los cristianos que de vencer á los infieles, Raimundo miraba el derecho de mandar á los hombres como el precio de los males que había sufrido y la salvación del reino más que en su propia elevación. Nombrado para ocupar la regencia y ocupado sin cesar en defenderse contra las celosas pasiones que le perseguían apenas se ocupaba de los negocios del Estado. La historia contemporánea apenas habla de las enemistades que se había acarreado y de los temores que inspiraba al rey Balduino.

Mientras que Jerusalén estaba así sin jefe y sin dirección, el hijo de Noredino, casi de la misma edad que Balduino IV y de una constitución débil como éste, se encontraba en Damasco rodeado de multitud de emires que se disputaban su autoridad y reinaban en su nombre. Saladino se declaró desde luego por Malek-Salek y tomó partido contra los emires, á quienes acusaba de tener oprimido al joven príncipe; al fin aquéllos, ya fuese por miedo, ya fuese por seducción, llamaron al hijo de Ayub á Damasco. Una vez que fué dueño de la capital, su victorioso ejército y el oro puro llamado *abrissum* que él sacaba del Egipto, pusieron bajo su poder las demás ciudades de Siria. Guillermo de Tiro hace notar relativamente á este asunto que en aquellos tiempos el medio más eficaz para subyugar los corazones tanto entre los musulmanes como entre los cristianos, era el derramar el oro á manos llenas. En balde los partidarios de la familia de Noredino en su desesperación invocaban los ejércitos de Mosul y los puñales del viejo de la Montaña; Saladino triunfó de todos los obstáculos. Su política se cifró en persuadir á los verdaderos creyentes que toda su política debía consistir en defender la causa del islamismo. Como él se anunciaba como sucesor de la misión apostólica de Noredino y de Zenqui se creyó asimismo que debía suceder también á su poder. El califa de Bagdag le dió en nombre del profeta la soberanía de las ciudades conquistadas por sus armas sin exceptuar la ciudad de Alepo donde el heredero de Noredino había encontrado el último afecto. Después Saladino fué proclamado sultán de Damasco y del Cairo y las plegarias se hicieron en su nombre en todas las mezquitas de la Siria y del Egipto. No sabemos qué medios adoptarían entonces los francos para contener los progresos de Saladino.

Guillermo de Tiro refiere que mandados los francos por el conde de Trípoli y el rey de Jerusalén, hicieron excursiones más allá del Libano; en la primera, avanzaron hasta Dario á cinco millas de Damasco; en la segunda, habiendo partido del territorio de Sidón, penetraron en el rico valle de Baccar (hoy Bekaa) entonces país fértil, al presente muy solitario y llegaron hasta Balbek. El ejército cristiano regresó á Tiro cargados con el botín, conduciendo rebaños de bueyes y carneros, pero sin haber combatido al enemigo. Durante este tiempo Saladino alcanzó útiles victorias apoderándose de ciudades y de provincias y destruyendo casi casi sin resistencia la terrible dinastía de los Ayubitas.

En el año 1178, Reinaldo de Chatillón estuvo por largo tiempo cautivo en Alepo, rescató su libertad y apareció en medio de los cristianos. El venturoso destino de Reinaldo es una de las páginas más curiosas de esta historia y nos hacen conocer muy bien esta errante caballería que llevaban los cruzados á Oriente. Reinaldo de Chatillón al llegar á Siria con Luis el joven, se alistó al servicio del príncipe de Antioquia. Constanza, mujer de Raimundo de Postiers había fijado la atención en la hermosura y nobles maneras de Reinaldo y cuando Raimundo hubo perdido la vida en campo de batalla, la princesa de Antioquia no quiso tomar por esposo sino al joven caballero llegado del país de los francos. Reinaldo, llamado de este modo á gobernar y principado, se hizo odioso al pueblo por sus violentas reyertas con el patriarca Amaury por la guerra cruel que hizo á la isla de Chipre y por muchas excursiones que hizo poco dignas de un caballero cristiano.

En una de estas empresas cayó en poder de los infieles siendo Ayub padre de Saladino quien le hizo prisionero.

Cuando salió del cautiverio, su esposa Constanza había muerto, y el joven Boemundo, hijo de Raimundo, ocupaba el trono de Antioquia. Reinaldo regresó á Jerusalén, en donde el recuerdo de sus hazañas y la relación de sus desgracias hicieron que encontrase buena acogida por parte del rey y de los barones. Casóse en segundas nupcias con la viuda de Thoron que le dió el señorío de Carac y de Monreal. Reinaldo de Chatillón tenía un carácter impetuoso y de arranques; jamás su bélico ardor respetó las leyes ni los tratados.

En unos tiempos en los cuales la imprudencia de un solo hombre podía perderlo todo, su ardor sin freno, que ni en la edad del infortunio habían podido templar, podía acarrear grandes males. Más tarde veremos cómo Reinaldo rompió una tregua ajustada con Saladino, precipitando el reino á una guerra en la que se extinguió la gloria del nombre cristiano.

Casi al mismo tiempo vióse desembarcar en Sidón el joven marqués de Monferrato, llamado Larga-Espada. Venía con objeto de casarse con la princesa Sibila, hija de Amaury y hermana de Balduino IV. El marqués de Monferrato era pariente del rey de Francia, del emperador de Alemania y de los más poderosos monarcas de la cristiandad. En Jerusalén, dominaba la opinión que las alianzas con las más nobles familias de Occidente servirían eficazmente para la causa de las colonias latinas y que nada era más á propósito para despertar el ardor para la guerra santa. El rey Balduino dió al marido de su hermana los cuidados de Joppe y de Escalón. El joven marqués de Monferrato que era la esperanza de los cristianos, sólo vivió diez meses después de casados; de este matrimonio nació un niño que no hizo más que pasar por esta vida, pero que sin embargo murió rey.

Entonces vino á Jerusalén Felipe, conde de Flandes, con gran número de caballeros. El rey Balduino, cuya enfermedad se agravaba, propuso al ilustre peregrino que tomase á su cargo la administración del reino, y que gobernase en su lugar la santa ciudad. Este rehusó diciendo que sólo había venido para consagrarse al servicio de Dios. Preparóse contra el Egipto una nueva expedición, por la cual el emperador griego ofrecía sus tesoros y sus flotas; se brindó otra vez con el mando de ella á Felipe; rehusó todavía, diciendo que él no quería ir á las orillas del Nilo para morir de miseria con sus compañeros de armas. El variable carácter de este señor le arrastró al fin á penetrar en el principado de Antioquía siempre amenazado por los turcos; asistió al sitio de Harench, que degeneró en un verdadero espectáculo de escándalo, en el que los juegos de los dados, la caza de los halcones, los farsantes y las mujeres de mala vida, hicieron olvidar completamente la guerra santa. Después de haber permanecido cuatro meses delante la plaza, los jefes recibieron de los sitiados una suma de oro, y se retiraron. Esta vergonzosa expedición habría causado el abatimiento de los cristianos, si al mismo tiempo Dios no les hubiese proporcionado una victoria cuando menos esperaban.

Viendo Saladino que las fuerzas de los francos se habían dirigido hacia Antioquía, se puso en marcha para atacar la Palestina. Habiendo llegado á noticia del rey Balduino, éste con todos sus caballeros se dirigió hacia Ascalón. No tardó en presentarse el ejército de Saladino, que sentó sus reales cerca de la ciudad. Como el ejército cristiano permanecía encerrado en la plaza, los musulmanes creían segura la victoria, y se dispersaron por la vasta llanura de Sarón. Ramla fué incendiada, y el territorio de Lida assolado. Al aproximarse los infieles, todos los habitantes

huían; el espanto se difundió en las montañas de Judea y hasta en la misma Jerusalén. Sin embargo los guerreros cristianos no pudieron ver con sangre fría la desolación de todo el país, y resolvieron morir antes que permanecer inmóviles espectadores de esta universal ruina. En la mañana de la fiesta de Santa Catalina, salieron armados de la plaza de Escalón y se adelantaron hasta la orilla del mar, en donde los bancos de arena ocultaban su marcha. Llegados en frente del lugar donde acampaba Saladino, se pusieron en línea de batalla, presentándose delante del enemigo, que no les había visto avanzar. Al momento Saladino hizo tocar las trompetas, para reunir á sus dispersos soldados, esforzándose en reanimar las tropas que habían permanecido en el campo. Balduino marcha á la cabeza de su ejército precedido del leño de la verdadera cruz; no tenía más que trescientos sesenta y cinco caballeros, *pero todos llenos de la gracia celestial, que les hacía más fuertes que de costumbre*. Los musulmanes que resistieron al momento con algún valor, no pudieron jamás rehacerse; el ángel exterminador parecía seguir á los cristianos en la refriega; la presencia de la cruz no había producido jamás tan grandes milagros; muchas veces durante la pelea, creyóse ver elevar sus ramas hasta el cielo y dilatarse hasta lo último del horizonte. Saladino perdió á todos sus mamelucos *vestidos con telas de seda de color de azafrán* que combatían á su lado. La derrota de los musulmanes fué completa; se les persiguió desde el lugar llamado *el monte de Girard* hasta el pantano dicho *de los Estorninos*. Ellos arrojaban sobre el camino las corazas, los cascos y sus botines de hierro: el hambre, la sed y el frío de noviembre, hizo que pudiesen muchos en su fuga. Por espacio de cuatro días vióse llegar á Ascalón á los soldados cristianos que llevaban tiendas de campaña, armas de toda especie y que conducían tropas cautivas y gran cantidad de caballos y de camellos. Entonces los árabes beduinos se decidieron también á saquear á los musulmanes fugitivos. Guillermo de Tiro compara á los beduinos con la oruga que devora los restos de la langosta. Después de una victoria tan grande, Balduino regresó á Jerusalén para dar gracias al Todopoderoso. Al mismo tiempo Saladino huía á través del desierto, sin escolta y montado sobre un dromedario.

A pesar de esta importante victoria, tristes presentimientos asaltaban aún los espíritus. Cantando el *Te-Deum* se observó que las murallas y las torres de Jerusalén caían á causa de su antigüedad. A fin de repararlas, los habitantes más ricos se impusieron una contribución. Por otra parte, como la Galilea estaba sin cesar amenazada por los musulmanes, se hizo construir una fortaleza, en el lugar llamado el *Vado*

*de Jacob.* En la misma época llegaron á Palestina muchos nobles peregrinos de occidente: Enrique, conde de Troyes, hijo del conde Teobaldo el viejo, Pedro de Cortenai, hermano del rey de Francia, y Felipe, hijo del conde Roberto. Recibiéronse estos refuerzos con alegría; pero no impidieron que Saladino apareciese de nuevo con su ejército y consiguiese algunas ventajas contra los cristianos. Estos experimentaron un golpe, casi al mismo tiempo, sobre el territorio de Sidón y en el bosque de Paneas. Para colmo de desgracia, se supo luego en Jerusalén que el castillo del Vado de Jacob, destinado á defender la Galilea y las orillas del Jordán, acababa de ser tomado por asalto no habiendo quedado piedra sobre piedra. Los fieles pudieron entonces preguntarse por qué Dios les había enviado la victoria de Ascalón; así la historia contemporánea exclama con el salmista: *¿Quién comprenderá, Señor, tus designios sobre los hijos de los hombres?*

Balduino, siempre enfermo, no tenía ya fuerza para hacerse obedecer de los suyos, ni para conducir los soldados de la cruz en medio de los peligros. No faltaban entonces los *hijos de Belial, verdaderos obreros de ruina* que buscaban aprovecharse de las dolencias del rey sembrando por todas partes el odio, los celos y la desconfianza. Este desconfiado príncipe tenía necesidad de rodearse de hombres sabios que le ayudasen á gobernar; la voz pública le designaba á muchos, pero la voz del pueblo importunaba al débil Balduino, y toda reputación de habilidad le hacía sombra; de manera que todos los que podían servir al reino se encontraban alejados del gobierno. Entonces fué cuando de repente se apareció un hombre de quien nadie había hablado y se colocó cerca del poder supremo. Guy de Lusínán al llegar con Hugo Brun, su padre, á la Tierra Santa, había manifestado sus pretensiones de contraer matrimonio con la hija de Amaury, viuda del marqués de Monferrato. Guy, que se hacía admirar por sus maneras y por su belleza, tuvo relaciones con la hermana del rey, las que resultó que se uniesen en matrimonio, lo que fué para él el camino del trono de David y de Salomón.

En el año 1180 y precedentes no había llovido en Siria, y sobre todo en el territorio de Damasco. La tierra nada había producido, los pueblos morían de hambre, y no se podía sostener á los ejércitos. Saladino ajustó una tregua de dos años con el rey de Jerusalén, y se retiró al Egipto, llevándose consigo una parte de la población Siria, que huía del hambre.

Mientras que el reino estaba en paz, una raza de sirios de la provincia de la Fenicia, herida de repente de una inspiración divina, abjuró los errores á que la había conducido el heresiarca Marón, y volvió

á la unidad de la Iglesia católica. Esta población era valiente para la guerra, temible guardián del Líbano; ella contuvo muchas veces á los infieles en sus invasiones, y fué un útil auxiliar para los francos. Su nueva entrada á la sinceridad de la fe causó grande alegría al pueblo cristiano.

Antes que espirase la tregua pactada con Saladino, una imprevista circunstancia vino á encender de nuevo la guerra. Un gran navío que conducía mil quinientos peregrinos, arrastrado por la tempestad, encalló sobre las costas de Damietta; el sultán del Cairo dió orden de que se apoderasen del buque y que todos cuantos le tripulaban fuesen hechos prisioneros. El rey de Jerusalén envió diputados para quejarse de esta infracción de los tratados y del derecho de gentes; Saladino se quejó á la vez de las excursiones que Reinaldo de Chatillón, Señor de Monreal, hacía cada día sobre el territorio de los musulmanes. La ciudad de Hela ó de Helis, sobre el mar Rojo, había pertenecido momentáneamente á los cristianos; Reinaldo quiso recuperarla, construyéndose al efecto barcos en Cara, los cuales fueron transportados por camellos; quiso atacar la ciudad por tierra y por mar, pero los socorros enviados por Saladino hicieron levantar el sitio. En otra expedición, Reinaldo se puso á la cabeza de sus más valientes guerreros, alistó bajo sus banderas dos ó trescientos árabes beduinos, y marchó contra la Meca y Medina. Estas tropas habían llegado ya hasta el valle de Rabí, cuando fueron atacados y dispersados por los turcos. Muchos soldados cristianos que cayeron en poder de los infieles fueron enviados á la Meca y degollados con las ovejas y corderos que se acostumbran sacrificar al Profeta en la ceremonia del gran Beiram: los otros fueron conducidos al Egipto, en donde perecieron inmolados por los sofis, los devotos y los doctores de la ley.

Desde entonces ya no se habló más de la paz, y la guerra se hacía por una y otra parte con furor; cada día tenían lugar nuevos combates; y en las provincias y en las ciudades se vivía en continuas alarmas. Después de haber amenazado Saladino la plaza de Carad, y devastado la Galilea, puso sitio á la ciudad de Beirut, y como la ciudad se resistía con vigor partió repentinamente con sus tropas para la Mesopotamia, y no se dignó siquiera hablar de ajustar una tregua con sus enemigos. Permaneció más de un año sobre las riberas del Éufrates y del Tigris. Los francos, en lugar de probar alguna gran empresa, no se aprovecharon de esta ausencia de Saladino sino para repasar el Líbano y saquear de nuevo las poblaciones y campiñas de la Siria. Estas excursiones, en las que no había ni peligro ni gloria, no proporcionaban á los